

COMBATE POR LA CONCORDIA

**Cataluña en España,
un futuro común**



ROBERTO FERNÁNDEZ


ESPASA

ROBERTO FERNÁNDEZ

COMBATE POR LA CONCORDIA

Cataluña en España, un futuro común


ESPASA

© Roberto Fernández, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 21.302-2020
ISBN: 978-84-670-6148-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Huertas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN PERPLEJOS Y DESCONCERTADOS, ILUSIONADOS Y ESPERANZADOS

VIAJANDO A CARTAGENA	15
REFLEXIONAR CON EL SILENCIO DE LAS PASIONES	31

PRIMERA PARTE EL PATRIOTISMO DUAL DEL CATALANISMO HISPÁNICO

PATRIOTISMO SIN NACIONALISMO	43
EL CATALANISMO HISPÁNICO: UN VETERANO CON PORVENIR	59

SEGUNDA PARTE UNA PONDERACIÓN CRÍTICA

DEL «GRAN CAPITÁN» AL VENDAVAL INDEPENDENTISTA	85
Jordi Pujol: el «regionalismo-nacionalista» conserva- dor	85
El otoño del patriarca y el apogeo secesionista	123

ÍNDICE

Crisis social y secesionismo económico	139
La clerecía no se abstiene	188
UNA «CAUSA GENERAL» CONTRA ESPAÑA	203
Sobre el «fracaso» histórico del Estado español	203
Nacionalización catalana <i>versus</i> la idea de España	219
NARRATIVAS DEL PROCESISMO	245
Contra la manipulación de la Historia	245
Lenguaje y falanges mediáticas	270
Procesismo sin clases sociales	300
El mapamundi abierto	321

TERCERA PARTE CATALUÑA COMO PROYECTO COMÚN

LA NOCIVA DIVISIÓN DE LOS CATALANES	329
LA CATALUÑA PLURAL Y SU UNIDAD CIVIL	373
LA IMPERIOSA NECESIDAD DE LAS TRES «C»	403
UN DIÁLOGO FRATERNAL PARA LA CONCORDIA	417
UN GRAN PACTO ENTRE CATALANES PARA CATALUÑA: LAS RE- FORMAS POSIBLES	463

EPÍLOGO UN DESIDERÁTUM REFORMISTA ESPERANZADO

AGRADECIMIENTOS	567
BIBLIOGRAFÍA	571
ÍNDICE ONOMÁSTICO	583

PRIMERA PARTE

EL PATRIOTISMO DUAL
DEL CATALANISMO HISPÁNICO

«El patriotismo mal entendido, en lugar de ser virtud viene a ser un defecto ridículo y muchas veces perjudicial a la misma patria».

JOSÉ CADALSO, *Cartas Marruecas*, 1789.

PATRIOTISMO SIN NACIONALISMO

Para que el lector pueda ponderar las siguientes reflexiones con la mayor facilidad y eficacia, me parece necesario empezar por confesarle que el autor es un profesor universitario de Historia Moderna nacido en la «Murcia chica» (es decir, en el barrio de la Torrassa-Collblanc de L'Hospitalet de Llobregat), que desde hace cuatro lustros vive en Lleida y que, habiendo cumplido más de seis décadas y media, estuvo inevitablemente educado en el ultranacionalismo español propio del franquismo, que defendía una España uniforme, unitarista y centralista y que, por ello, tuvo que aprender a conocer primero y a querer después la personalidad de Cataluña en su paso por el instituto y la universidad. Alguien que vivió sus dos primeras décadas y media sin hablar en catalán, hasta que el destino lo llevó a su ciudad de adopción y percibió que tenía dos lenguas y que una de ellas estaba por aprender y por practicar.

El presente es un autor convencido de que el actual Estado de las Autonomías, puesto en permanente mejora, tiene todavía recorrido federal y, por tanto, es contrario a la creación de un Estado catalán, mientras que se muestra muy favorable a los Estados Unidos de Europa. Un autor que se confiesa socialdemócrata de corte reformista en lo económico y social, y de espíritu

liberal en lo civil, que participó durante diez años de la vida política del Partit dels Socialistes de Catalunya (PSC-PSOE) y que se siente un libre pensador enamorado de las poderosas razones que la Razón y la Ciencia atesoran para organizar con justicia, libertad e igualdad la convivencia en sociedades complejas de democracia representativa. Un autor que está en permanente combate contra el ideologismo que supedita los hechos comprobables a las ideas preconcebidas, y contra el relativismo propio del posmodernismo, que parece encontrar una actitud autoritaria entre aquellos que vamos a la búsqueda del conocimiento objetivo de la realidad. Un autor que experimenta una profunda inquietud ante la superioridad moral o intelectual que a veces demuestra una parte de la izquierda respecto a otras doctrinas y otras sensibilidades de corte conservador, fomentando un chovinismo intelectual que provoca pereza de pensamiento y evita el riesgo de tener que enfrentarse a opiniones diferentes que puedan poner en peligro las propias creencias. Y, finalmente, un autor que está convencido de que, siendo ambas importantes para el desarrollo de la condición humana en sociedad, la cuestión social es siempre de un valor moral superior a la identitaria.

Y, sobre todo, créanme por favor, porque hay en ello una apuesta esforzada, persistente y explícita por mi parte, soy un decidido aspirante a no actuar como un nacionalista. Ni nacionalista catalán, ni español, ni europeo. Aunque, obviamente, no nací siendo ninguna de esas tres cosas, admito que, con el paso de los años, es cierto que por vivencias propias, por lecturas sobre la organización social y por mis conocimientos como historiador, me he ido *haciendo* catalán catalanista, español españolista y europeo europeísta. Entendiendo estas tres creaciones conscientemente asumidas por mí a partir de la presencia ejecutiva de la razón crítica, como una pertenencia de hecho a esas

realidades histórico-culturales-sentimentales, pero también como una pertenencia voluntariamente aceptada al estar convencido de que es un acto socialmente positivo el defenderlas como identidades que pueden aportar valores a la Humanidad y que no se contradicen entre ellas a la hora de organizar mejor la vida en sociedad de los individuos.

Bien sé que el nacionalismo conserva gran parte de su fuerza intacta en el mundo actual, acrecentada incluso ante la disolución de la Unión Soviética y por los efectos menos deseables de la globalización. Y tampoco ignoro que algunos nacionalistas opinan que no sentirse como tal es casi «antropológicamente» imposible y que, además, todos estamos inevitablemente educados en una determinada sentimentalidad nacional¹.

Pese a ello, he de decir que gracias a las ciencias sociales y a mi desempeño en la historiografía, hace ya mucho tiempo que me decidí por una apostasía consciente y militante frente al nacionalismo. Por eso puedo declararme como alguien que al menos porfía por ser anacionalista en el profundo convencimiento de que no hay nada «natural» e inexorable en la creación de las naciones, sino que son un producto cultural de los seres humanos en circunstancias históricas concretas. Por tanto, su existencia es siempre contingente al paio del complejo y dinámico juego de los intereses entre las diversas clases sociales de un país, las estructuras heredadas y los contextos internacionales.

Un «ateísmo» frente al nacionalismo que procuro ejercer frente a los grandes y a los pequeños, a los imperialistas y a los que se mantienen a la defensiva, a los que tienen un Estado y a los que no. Una desafección que no me produce ni orfandad

¹ Léanse las conocidas tesis de Michael Billig, *Nacionalismo banal*, Capitán Swing, Madrid, 2014. Para el caso español es interesante la consulta de Luisa Elena Delgado, *La nación singular*, Siglo XXI Editores, Madrid, 2014.

sentimental, ni incomodidad, ni tampoco sensación de rareza personal, porque está cimentada en la constatación histórica, adecuadamente recordada entre nosotros por Juan Pablo Fusi, de que en las sociedades nacionalistas casi siempre existe una parte importante de las mismas que no siente ni defiende criterios identitarios nacionalistas, mostrando con ello la intrínseca pluralidad de dichas sociedades².

Alguien que está convencido de que los nacionalistas creen que su mundo es todo el mundo, y que en ese único mundo son los únicos patriotas de verdad. Que está persuadido de que los nacionalistas no conciben que no se sea nacionalista, porque eso significa que entonces eres un nacionalista de signo opuesto. Que piensa que muchas veces la nación de los nacionalistas es para ellos producto de algún tipo de transcendencia (divina, histórica). Que se inclina a defender que cuando crecen los nacionalismos decrece el entendimiento entre las personas y las naciones, puesto que los nacionalismos tienen una clara tendencia a construir «su nación» frente a la «nación enemiga» a menudo apoyándose en un cierto sentimiento de superioridad. Que tiene la seguridad de que las naciones o los «pueblos» no están por encima de los ciudadanos, que son quienes conforman la sociedad y detentan los derechos. Que lo importante no es el *ethnos*, sino la *polis*. Que prefiere antes el «amor» a un país con sus instituciones políticas defendiendo a una ciudadanía libre que decide vivir junta, que a un «pueblo» abstracto que viene de la eternidad y que se muestra siempre monolítico y pagado de sus propias virtudes. Que apuesta por más presente y menos historia, más contrato social y menos identitarismo ancestral. Por eso confieso encontrarme tan lejos de Herder, Fichte o Hegel.

² Juan Pablo Fusi, *Identidades proscritas. El no nacionalismo en las sociedades nacionalistas*, Seix Barral, Barcelona, 2006.

Alguien que está muy inclinado a pensar que, cuando ciertos nacionalismos deben decidir entre su propia defensa y los valores de la democracia, tienen la tentación de dar preferencia a lo primero. Que está en la idea de que el amor de los nacionalistas a su país lo es antes por un país ficticio que solo está constituido por ellos, excluyendo a los que no consideran suficientemente patriotas. Que piensa que muy a menudo los nacionalismos no quieren oír la verdad crítica sobre sus naciones, denostando a quienes la proclaman como enemigos de la misma por ser cómplices de los intereses extranjeros al contribuir entonces a la «leyenda negra» del propio país. Que cree que ante el renacimiento de un nacionalismo soberbio y amenazante en buena parte del orbe, prefiere apuntarse a la idea de lo supranacional como algo más moral y más eficaz para salvaguardar al planeta y a la propia Humanidad de los grandes problemas que le acechan con el profundo convencimiento de que conseguir esas ineludibles metas pasa por una filosofía política posnacional. Que no quiere oír hablar de la épica nacional propia de los nacionalismos, sino de la civilidad ciudadana propia de los patriotismos. Que no quiere escuchar nada que tenga que ver con «objetivos trascendentes» que sacrifiquen a las generaciones de individuos reales y concretos, de naciones eternas que determinan la vida de sus sociedades. Que solo quiere saber de la patria de los ciudadanos que cada día hacen y rehacen la vida social. La patria de los que pagan impuestos para tener una sanidad y una educación públicas o para tener una administración al servicio de todos. Que piensa, al fin, que los nacionalismos tienen una genética ideológica y axiológica que los hace intrínsecamente peligrosos, tanto los que tienen Estado como los que no. El combate contra el nacionalismo ha de serlo contra todos los nacionalismos. No vale vilipendiar al del vecino creyendo que el tuyo es el bueno o, sencillamente, que ni siquiera es nacionalismo. Eso no

lo resiste ni la lógica formal, ni una honesta visión histórica, ni una sana axiología moral.

Alguien, al fin, que está en la continua prédica de que no podemos hacer del desencuentro un lugar espiritual edificante para que vivan los ciudadanos de un país, pues la falta de cohesión social y civil (que no política) arruina a una comunidad. Una cohesión social que es verdad que el nacionalismo tiene la virtud de crear de forma coriácea, pero solo para los que forman las huestes de sus seguidores creados por él mismo. Por eso, a mí me gusta hablar de patriotismo, entendiendo que ese sentimiento pone en el primer lugar de su propia naturaleza política a la solidaridad entre los ciudadanos de un Estado.

Tengo para mí que existe una fecunda relación entre los grandes modelos de sociedad, las ideas políticas y lo que venimos en llamar la condición humana, siempre tan de la eterna preocupación de la filosofía y las ciencias. En ese sentido, estoy persuadido de que el nacionalismo (a veces acompañado de populismo) nada tiene de neutro, sino que posee una naturaleza específica que acaba determinando sus propuestas y sus actos, aunque adquiera distintos usos en cada contexto político e histórico. El nacionalismo es como la fábula del escorpión y la rana atribuida a Esopo: el primero acaba picando a la segunda porque tal comportamiento está en su «naturaleza», aunque con ello los dos perezcan ahogados al atravesar el río. El nacionalismo tiene una genética axiológica e ideológica propia que encuentra adecuado cobijo en una parte importante de la condición humana, siempre presta a crear un «nosotros» y rechazar a los «otros», a practicar el egoísmo de su «tribu» frente a cualquier otro interés, a ser con frecuencia gregaria y sectaria, a seguir a líderes salvadores de pueblos y de patrias, a convertirse en una víctima falsaria (es decir, con independencia de que haya razón alguna para ello), a crear ficciones y defenderlas aunque

se contradigan con la realidad. Siempre presta a levantar la voz para proclamar «los españoles primero» o «los catalanes primero», por ejemplo.

Por eso no es nada fácil hacer política sin nacionalismo. No lo es porque funciona muy bien entre las masas cuando defiende una acción política centrada en señalar un enemigo sempiterno que agravia constantemente, y cuya lucha por desembarazarse de él es la que tiene un mayor valor moral para conseguir el bien común de los «nuestros», es decir, de la nación propia. No lo es porque nos permite sentirnos «mejores» a los «nacionales» sin necesidad de vernos ante el espejo de una posible autocritica que nos haría perder la autoconfianza, aunque ella esté basada en un burdo narcisismo soberbio como único fundamento. Y ante esa polivalente eficacia, es harto difícil combatir al nacionalismo con la razón e incluso con los hechos contrastados. Por eso fue tan difícil que pudieran triunfar las posturas de los llamados «afrancesados» en la guerra contra los franceses de 1808³. Es más, no debemos descartar que dependiendo de cuándo y, sobre todo, de cómo se ejerza el nacionalismo, puede resultar también objetivamente antipatriótico.

Es verdad que no todos los nacionalismos han sido y son iguales, que los hay política y militarmente agresivos y otros conformados para la resistencia ante la injustificada invasión de otros nacionalismos. Pero eso no quita lo que acabo de argumentar contra el centro molar, el núcleo duro de la filosofía política del nacionalismo con el que personalmente no comulgo, porque en última instancia lo considero difícilmente compatible con la ecúmene. Es mi profundo convencimiento de que en el

³ Cf. Miguel Artola, *Los afrancesados*, Alianza Editorial, Madrid (edición de 2008). Emilio La Parra, *Manuel Godoy. La aventura del poder*, Tusquets, Barcelona, 2002. Ricardo García Cárcel, *El sueño de la nación indomable*, Temas de Hoy, Madrid, 2007.

ADN axiológico de los nacionalismos, aunque se declaren defensivos, está genéticamente marcada la posibilidad de que puedan volverse agresivos hacia fuera o bien hacia sus propios conciudadanos no nacionalistas, puesto que la preservación y grandeza de la nación es para ellos un bien histórico, sagrado y supremo por encima de cualquier otra tarea ciudadana. De hecho, bien sabemos los historiadores que las guerras han venido mucho antes por la mano de los nacionalismos que por las de cuestiones sociales.

En realidad, mi trasfondo ideológico-axiológico más hondo ya lo dictó Montesquieu con unas sabias palabras recogidas en sus *Pensamientos*: «Si supiera que algo es útil para mí y dañino para mi familia, me lo quitaría de la cabeza. Si supiera que algo es útil para mi familia, pero no para mi país, intentaría olvidarme de ello. Si supiera que algo es útil para mi país y dañino para Europa, o útil para Europa y dañino para la Humanidad, lo consideraría como un crimen». O bien cuando nos dice que «si supiera que una cosa útil para mi Nación fuese ruinoso para otra, no la propondría a mi príncipe, porque soy hombre antes de ser francés, porque soy necesariamente hombre y no soy francés sino por un azar».

Si entiendo bien la esencia de estas máximas del gran filósofo francés, bien podríamos decir «quiero tanto a los humanos que no puedo ser nacionalista». Lo cual podría entenderse como una paráfrasis de «Amo demasiado a mi país para ser nacionalista» escrita por un autor no identificado al que cita Albert Camus en su *Carta a los alemanes* de 1945. Conforme avanzo en edad y experiencia, y confío que en algo más de sabiduría, las palabras del escritor austríaco Stefan Zweig, en su prefacio a *El mundo de ayer*, escritas en 1942 en plena Segunda Guerra Mundial, resuenan con mayor asiduidad en mi corazón y en mi mente: «He visto nacer y expandirse ante mis propios ojos las grandes ideo-

logías de masas: el fascismo en Italia, el nacionalsocialismo en Alemania, el bolchevismo en Rusia y, sobre todo, la peor de las pestes: el nacionalismo que envenena la flor de nuestra cultura europea». Solo le faltó referirme explícitamente al franquismo y a su nacionalismo católico opresor.

Al modo del universalismo ilustrado de corte liberal y republicano que aspira a la igualdad de derechos y oportunidades, pero no al uniformismo, confío en los Estados como un contrato social entre ciudadanos mientras muestren su efectiva utilidad, y por eso no creo que el futuro pase por la mentalidad nacional-nacionalista que aún impera en la mayor parte de los europeos. Una mentalidad que todavía tiende a la sacralización de la nación propia, convirtiéndola en una especie de «oscura idea mística» de la que hablaba Émile Durkheim, al tiempo que propicia una competencia de resabios mercantilistas con las demás naciones. Una mentalidad que afecta a millones de personas que «sienten» sus naciones como si fueran unas creaciones «naturales» e «inmemoriales» que no hubieran sido forjadas en el decurso de la Historia a partir de la contraposición de intereses entre las diferentes clases sociales en el contexto de las diversas geopolíticas de cada época.

Siendo lo más cierto que la nación es un hecho anterior al liberalismo y al concepto revolucionario de soberanía nacional, nunca debemos tratarla como una realidad atemporal que puede ser reconocida sin dificultades en cualquier vestigio del pasado. Unas naciones que a veces son vividas por los nacionalistas de forma antropomórfica y poniendo en ellas una intensidad pasional que les hace y permite identificarse política e ideológicamente como tales nacionalistas. Por eso he dicho en más de una ocasión que, más que ocuparse de las naciones, deberíamos poner el acento en los Estados. Y esta afirmación la refiero también para el caso español, donde parece haber recibido mucha más aten-

ción por parte de los intelectuales la primera que el segundo. Si se me apura, estaría dispuesto a defender que hay una diferencia esencial entre ambos: las naciones son una creación que resulta sentimentalmente intocable mientras que los Estados son una construcción siempre mejorable por la razón.

Ello no impide poderme sentir patriota de mi familia, mi barrio, mi ciudad, mi país o mi Estado-nación. El esfuerzo por desertar del nacionalismo identitario no me imposibilita saberme patriota de varias patrias al sentirse *suavemente* hospitalense, leridano, catalán, español y europeo, sin problemas de identidades que se autoexcluyen. Mi apostasía nacionalista me hace pensar que no deberían ser considerados equivalentes un ciudadano demócrata que se siente español y/o catalán (por ejemplo) y un nacionalista español o catalán.

Renunciando en este escrito a una explicación detallada de las diferencias entre patriota y nacionalista, que por otra parte tan bien ha realizado Maurizio Viroli⁴, me afirmo como patriota en el sentido de saberme sentimental pero también racionalmente vinculado a aquellas realidades geográficas, sociológicas, lingüísticas e históricas que en su seno permitan desarrollar dignamente los proyectos de vida de los ciudadanos. Mi patriotismo es sobre todo cívico, constitucional y democrático, con una perspectiva ecuménica. Mi patria es toda aquella que me permita vivir con calidad mi única vida. Como cosmopolita, necesito ser patriota local, pero negándole virtudes al nacionalismo, considerar a la patria/nación sin olvidarme de que el compromiso último y fundamental es con el ciudadano concreto, con las sociedades realmente existentes, con la globalidad de la Humanidad y con nuestro planeta.

⁴ Maurizio Viroli, *Por amor a la patria: un ensayo sobre las diferencias entre patriotismo y nacionalismo*, Deusto, Barcelona, 2019.

Debo confesar que siempre me ha seducido especialmente la idea de Marco Pacuvio de que «*patria est ubicumque est bene*», recogida por Cicerón como «*ubi bene, ibi patria*», es decir, que «donde estás bien, ahí está la patria». Debo confesar que en mí resuenan las palabras de Manuel Azaña ante José Ortega y Gasset en las Cortes españolas cuando se discutía, en mayo de 1932, un Estatuto de Autonomía para Cataluña: «El patriotismo no es un código de doctrina; el patriotismo es una disposición de ánimo que nos impulsa, como quien cumple un deber, a sacrificarnos en aras del bien común». Léase, luchar por mejorar la vida de los ciudadanos.

Y debo confesar igualmente que en mí resuena también la voz de alguien que amó Cataluña y que combatió con las armas en la mano por ella y por España: «El nacionalismo no debe confundirse con el patriotismo [pues] aluden a dos cosas distintas. Por patriotismo entiendo la devoción por un lugar determinado y por una determinada forma de vida que uno considera los mejores del mundo, pero que no tiene deseos de imponer a otra gente. El patriotismo es defensivo por naturaleza, tanto militar como culturalmente. El nacionalismo, en cambio, es inseparable del deseo de poder, el propósito constante de todo nacionalista es obtener más poder y más prestigio, no para sí mismo, sino para la nación o entidad que haya escogido para diluir en ella su propia individualidad». Era británico, antiimperialista, socialista, luchador contra los totalitarismos nazi y comunista. Se llamaba George Orwell y escribía después del inmundado desastre de las dos guerras mundiales⁵.

De hecho, en mi propio pensamiento, declararse patriota democrático es una forma de no dejar vacío el lugar que ha sabido ocupar el nacionalismo pero tratando de evitar todas las deri-

⁵ George Orwell, *Notas sobre el nacionalismo*, 1945.

vas mal sanas que históricamente ha demostrado producir. En cierta forma, bien podría decirse que el patriotismo es el mejor antídoto contra el nacionalismo y, en su caso, el populismo. Es mi plena creencia que el patriotismo debe aspirar a domesticar al nacionalismo, que cuando anda suelto no es improbable que produzca algunos desperfectos. Ser patriota es una manera positiva y moralmente correcta de no dejar la nación en manos exclusivas de los nacionalistas. Ser patriota es una forma idónea de seguir luchando, al mismo tiempo y sin contradicción, por lo más propio y por lo universal.

Por todo ello, mientras que me resulta imposible sentirme multinacionalista, sí puedo en cambio sentirme multipatriota sin contradicciones racionales ni sentimentales insalvables. Eso sí, un multipatriota integrador y fiel seguidor de las palabras de mi admirado Joan Manuel Serrat cuando en su poema-canción *Le guste o no* afirma que «lo común me reconforta. Lo distinto me estimula». O lo que es lo mismo: el hecho de reconocer, guardar y proteger las diferentes formas culturales con las que los seres humanos han organizado y organizan su presencia en la Tierra no debe conducirnos a una actitud de exacerbado diferencialismo que termina por ahogar lo que de común tienen los individuos de la especie humana, abonando a veces un sentimiento de agravio constante e incluso de chovinismo narcisista (consciente o inconsciente). Ser cosmopolita no está reñido con reconocer y proteger la diversidad cultural siempre que se respeten los derechos universales de los individuos que son tus conciudadanos, lo que por otra parte ha sido el santo y seña de muchos de nuestros grandes próceres intelectuales catalanistas, como bien han recordado Jaume Claret y Manuel Santirso⁶.

⁶ Jaume Claret y Manuel Santirso, *La construcción del catalanismo. Historia de un afán político*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2014.

Cuando acepto dar cabida a mis sentimientos patrióticos (en plural) no lo hago como si pretendiera pertenecer a la mejor patria del mundo, si eso significa que otras deben ser indefectiblemente peores. Me parece lícito porfiar por vivir cada día en una patria mejor que demuestra ser capaz de albergar una sociedad que progresa. Sin embargo, no me interesa nada que mi patria sea la mejor de todas, como si se tratara de un concurso o una liga deportiva en la que unos ganan y otros no, cosa que sí hacen algunos neonacionalismos actuales, que desean la secesión porque de ese modo piensan que serán los primeros de la clase en un *ranking* de países, buscando con ello un motivo de nueva y orgullosa identidad: la de estar entre las primeras naciones del mundo. No concibo el patriotismo como una suma cero. A nadie tenemos que vencer que no sea a nuestra propia capacidad para prosperar sin dejar de practicar una solidaridad ecuménica. Prefiero repartir para conseguir el beneficio de muchos países que acaparar para ser el primero de todos.

La construcción de una identidad individual y colectiva es un patrimonio consustancial a la psicología de la especie humana en sociedad. Y el respeto a dichas identidades es patrimonio inexcusable para las democracias. Lo problemático es cuando la identidad nacional se convierte en la ideología central de una sociedad y las políticas de identidad reflejan una ideología nacionalista identitarista, que crea problemas de colisión social y cívica casi irresolubles al separar o dividir las sociedades llamando a los instintos más primarios y anulando la razón crítica que conforma la esencia de la condición de ciudadanía. Lo problemático no es tener identidades, lo cuestionable es cuando se transforman en apuestas etnonacionalistas y populistas, cuando se convierten en monopolizadoras de todo el debate político comunitario, cuando solo se puede tener una inequívoca y excluyente identidad patriótica, como impuso Franco durante cuarenta

años al patrimonializar con violencia y de manera sectaria y dañina una idea de España que dictaba quiénes eran los buenos y los malos españoles.

A menudo tengo la sensación de que las cuestiones referidas a la identidad nacional adquieren el mismo contenido e idéntica expresión de forofismo sectario que aquellas que forman parte del universo futbolístico: solo se puede ser de un equipo y cualquier compatibilidad es considerada un delito de lesa traición hacia el mismo. No basta con ser partidario, hay que ser partidista hasta las últimas consecuencias, aunque sean irracionales. Contestando a la pregunta de mi admirado Antonio Machín de si se pueden querer dos mujeres (hombres) a la vez y no estar loco, si me permiten la expresión metafórica, les diría que a mí me hace muy feliz la promiscuidad patriótica envuelta en el preciado envoltorio del universalismo. Como dijo en su día el añorado humorista Jaume Perich: «El nacionalismo es creer que el hombre desciende de distintos monos».

En referencia a Cataluña, creo que se puede afirmar que hay muchos catalanes que tienen varios amores a la vez. Así lo demuestran las cifras proporcionadas por el Centre d'Estudis d'Opinió (CEO) de la Generalitat de Catalunya, que continúan siendo reveladoras de que existen amplios espacios de intersección en cuanto a la identificación sentimental identitaria de los catalanes, espacios que hacen de nuestra sociedad una comunidad nada monolítica al respecto. El sondeo del CEO de septiembre de 2020 muestra que el sentimiento de pertenencia del 40,6 % es considerarse tan español como catalán (en la anterior encuesta era el 39,1 %), mientras que los que se sienten solo catalanes suben al 22,9 % (antes eran el 22,3 %), los que se sienten más catalanes que españoles, en cambio, bajan al 20,1 % (antes eran el 22,6 %), los que se sienten más españoles que catalanes se sitúan en el 4,8 % (antes estaban en el 4,1 %) y los que

se sienten solo españoles bajan del 6,5 al 5,5 %. Cifras elocuentes que sin embargo debemos acompañar con el recordatorio de que, según el estudio realizado por Josep Maria Oller, Albert Satorra y Adolf Tobeña, entre la aprobación del nuevo Estatuto de Autonomía en 2006 y los diversos acontecimientos de 2017, el sentimiento de pertenencia bipatriótica ha descendido un 7 % frente a los que se sienten solo patriotas catalanes, que ha aumentado un 13 %⁷.

En todo caso, pese a la existencia de ese descenso en el sentimiento de patriotismo dual, que espero y deseo que sea coyuntural, estoy plenamente convencido de que lo más conveniente es ejercitar un patriotismo múltiple capaz de sumar y no de restar. Un patriotismo de la misma condición que el practicado por muchos de nuestros antepasados catalanes en la segunda mitad del Setecientos, en el siglo de la *Renaixença* y también en la pasada centuria. Por ello pienso que puede haber varias patrias que convivan dentro de un mismo Estado, que es a la postre la organización humana voluntaria producto de un pacto social que, en estos momentos de la historia de nuestra especie, me parece que ofrece mejores resultados para sostener con dignidad los proyectos de vida individuales, precisamente aquellos que deben ser el objeto principal de la política y de las patrias.

Y porque lo que más me importa es asegurar la eficacia del Estado para poder desarrollar con la mayor calidad posible la vida personal en justicia y libertad, creo en la posibilidad positiva de continuar conviviendo todos en el actual Estado español. Una entidad que de suyo debería estar siempre dispuesta a la autocrítica para mejorar su funcionamiento y de este modo ser capaz de mantenerse económica, política, cultural y sentimental-

⁷ Josep Maria Oller, Albert Satorra y Adolf Tobeña, «Evolución y legados de la aventura secesionista en Cataluña», Policy Network, 2019.

mente. Eso sí, como afirmaba líneas arriba, y haré lo propio al finalizar las mismas, tampoco tendría inconveniente alguno en que nuestro Estado acabara disolviéndose en unos Estados Unidos de Europa capaces de hacer frente a la galopante y agresiva globalización en la que vamos a seguir viviendo por muchos años. Entonces sería ciudadano del nuevo Estado llamado Europa, pero continuaría sintiéndome, cuando menos, bipatriota catalán y español en lo afectivo y en lo cultural.